

## UN HOMENAJE A MENÉNDEZ PELAYO (MURCIA, 1912)

FRANCISCO JAVIER DíEZ DE REVENGA  
*Universidad de Murcia*

### RESUMEN:

La admiración de los sectores católicos y conservadores de la sociedad murciana a Menéndez Pelayo ya se puso de manifiesto cuando visita Murcia en abril de 1898, y un selecto grupo de personajes de la vida murciana, entre ellos su amigo más cercano, Enrique Fuster, Conde de Roche, mantuvieron con él correspondencia, pero esta admiración general culminó en el homenaje que el Círculo Católico de Obreros le dedicó en Murcia el 2 de junio 1912, inmediatamente después de la muerte de Menéndez Pelayo acaecida en Santander el día 19 de mayo. Se conserva un opúsculo que recoge todos los poemas y discursos leídos en aquel homenaje.

### PALABRAS CLAVE:

Menéndez Pelayo. Murcia. Conde de Roche. Círculo Católico de Obreros. Ricardo Sánchez Madrigal. José Tolosa Hernández. Emilio Díez de Revenga. José María Ibáñez García. Mariano Palarea Sánchez de Palencia.

### ABSTRACT:

The admiration for Menéndez Pelayo by the catholic and conservative sectors of the Murcian society was highlighted with his visit to Murcia in April 1898. The elite of the Murcian society, his close friend Enrique Fuster, Count of Roche, kept correspondence with him. However, this general admiration culminated in the tribute which the Catholic Workers' Circle (Círculo Católico de Obreros) gave him in Murcia on the 2<sup>nd</sup> June 1912, immediately after the death of Menéndez Pelayo, which took place in Santander on the 19<sup>th</sup> May. A brief treatise with the poems and speeches read in that tribute has been preserved.

### KEY WORDS:

Menéndez Pelayo. Murcia. Count of Roche. Círculo Católico de Obreros. Ricardo Sánchez Madrigal. José Tolosa Hernández. Emilio Díez de Revenga. José María Ibáñez García. Mariano Palarea Sánchez de Palencia.

La admiración de los sectores católicos y conservadores de la sociedad murciana a Menéndez Pelayo ya se puso de manifiesto cuando, invitado por el Conde de Roche, el ilustre polígrafo visitó la ciudad de Murcia, en abril de 1898, para presenciar la procesión de Jesús, la de los Salzillos, que desfila por la ciudad la mañana de Viernes Santo. En otro lugar, he detallado las circunstancias de aquella visita, en la que se puso de relieve el afecto y el aprecio de muchos murcianos hacia el ilustre

visitante.<sup>1</sup> Por otro lado, un selecto grupo de personajes de la vida murciana mantuvieron con Menéndez Pelayo una correspondencia que publicó, coincidiendo con el otro centenario, Luciano de la Calzada.<sup>2</sup> Entre esos corresponsales figuraba su amigo más cercano en Murcia, Enrique Fuster, Conde de Roche, un aristócrata distinguido por sus actividades empresariales, agrícolas y sobre todo por sus investigaciones en torno a la historia de Murcia y a los murcianos más ilustres, como Saavedra Fajardo, Salzillo, Cascales o Roque López, tal como he analizado en otro lugar al realizar la biografía del noble murciano, muerto en 1906.<sup>3</sup>

Sin duda, Roche, si hubiera vivido en 1912, hubiera sido uno de los protagonistas del homenaje que el Círculo Católico de Obreros dedicó en Murcia el 2 de junio de aquel año, inmediatamente después de la muerte de Menéndez Pelayo acaecida en Santander el día 19 de mayo. No lo pudo hacer el ilustre aristócrata pero sí participaron en el homenaje dos de sus amigos y admiradores, Emilio Díez de Revenga Vicente (que aún no había unido sus apellidos paternos y firmaba como Emilio Díez Vicente) y Joaquín Báguena, que ofrecieron dos discursos entusiastas a los que nos vamos a referir en este ensayo con detalle, junto a los poetas José Tolosa y Ricardo Sánchez Madrigal, que leyeron dos curiosas composiciones, que reproduzco en el apéndice.

Se conserva un opúsculo<sup>4</sup> que recoge todos los textos leídos en aquel homenaje, que fue publicado en el mismo año 1912 por los talleres de la Tipografía de *La Verdad*. El presidente del Círculo Católico Obrero, Mariano Palarea y Sánchez de Palencia, cierra el folleto, que recoge los poemas y los discursos, con una reseña de la intervención en el acto del Obispo de la Diócesis, Vicente Alonso Salgado, ya que no se pudo recoger taquígráficamente. Y hace de relator del homenaje el bibliotecario José María Ibáñez García que presenta la publicación. Pues bien, Díez de Revenga, Báguena, Sánchez Madrigal y Palarea figuran entre los numerosos murcianos destacados que acogieron y acompañaron a Menéndez Pelayo cuando vino a Murcia en abril de 1898.

<sup>1</sup> «La procesión de Jesús en 1898 (En el centenario de Menéndez Pelayo)», *Nazarenos*, 16, 2012, págs. 17-22.

<sup>2</sup> «Cartas de murcianos a Menéndez Pelayo», *Anales de la Universidad de Murcia, Filosofía y Letras*, 15, 4, 1956-1957, págs. 535-566.

<sup>3</sup> «Enrique Fuster, conde de Roche: aristocracia y cultura», *Tonos. Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, 23, 2012, págs. 5-49.

<sup>4</sup> *Homenaje a Menéndez y Pelayo. Discursos y poesías leídos en la velada que le dedicó el Círculo Católico de Obreros de Murcia, en la noche del 2 de junio de 1912*. Murcia, Tipografía de «La Verdad», 1912.

Para obtener una idea clara del contenido y del éxito del acto de homenaje no hay como recoger la crónica que el diario conservador *El Tiempo*<sup>5</sup> publicó en sus ediciones de mañana y tarde del día 3 de junio, con el título «En el Círculo Católico. Por Menéndez Pelayo. La velada de anoche», detallada reseña que divide en tres partes. Una introducción:

El Círculo Católico de Obreros de esta capital, que respondiendo a los cultos fines y patrióticos ideales de su fundación, siempre se ha asociado con entusiasta participación a los grandes acontecimientos que han impresionado al alma española en su cristiana o histórica significación, no le era dado permanecer indiferente, ante la inmensa desgracia nacional, acaecida con la muerte del maestro del saber y astro de primera magnitud en el alcázar inmenso de la ciencia, don Marcelino Menéndez Pelayo (q. e. p. d.).

A tal objeto ha organizado un homenaje piadoso y literario, que tuvo lugar en el día de ayer, consistente en los siguientes actos:

Una referencia a los actos religiosos que tuvieron lugar «Por la mañana»:

A las siete se celebró misa de Comunión en el Oratorio de la sociedad por el M. I. Sr. D. Ramón Fernández Asensio, con asistencia de numerosos socios, que en unión de los Luises de la parroquia de San Antolín y otras personalidades participaron del banquete eucarístico, ofrendando el piadoso acto por el descanso eterno del alma del insigne polígrafo español.

A las doce se dijo otra misa por don Mariano López Cardona, siendo igualmente numerosa la concurrencia que había en el amplio salón destinado a los cultos religiosos.

Terminada esta misa se rezó un responso.

Y la más detenida y pormenorizada, relativa al acto que se desarrolló «Por la tarde»:

Poco después de las siete dio comienzo la velada literaria, acto solemne que se había igualmente organizado para enaltecer la memoria del ilustre finado. La espaciosa sala de actos públicos estaba profusamente iluminada, y en el estrado de la presidencia se había colocado a la derecha el magnífico retrato de Menéndez Pelayo, hecho expreso por el genial pintor Antonio Nicolás.

Presidía nuestro Ilmo. Prelado, en unión de los Sres. Palarea, presidente del Círculo; Baleriola, presidente de la Audiencia; Pérez Callejas, presidente de la Sociedad Económica; Costa Farinas, jefe de sección de la Cruz Roja; canónigo Sr. Hernández; Rvdo. P. Superior de los Jesuitas y varios socios de la Directiva del Círculo.

---

<sup>5</sup> «En el Círculo Católico. Por Menéndez Pelayo. La velada de anoche», *El Tiempo* (Edición de mañana), 3 de junio de 1912, pág. 2, y *El Tiempo* (Edición de tarde), 3 de junio de 1912, págs. 2-3.

El señor Palarea hizo uso de la palabra para dar a conocer a la distinguida concurrencia, que asistía a la velada, los móviles justificados que impulsaban al Círculo a rendir un tributo tan modesto, cuanto grande en sinceridad y entusiasmo, al hombre extraordinario, que tan alto ha sabido poner el nombre de España en la esfera de la intelectualidad.

Al exponer el programa del acto literario, hizo notar que los señores Baquero y Llovera no tomaban parte en él, por impedírsele reciente desgracia de familia. Seguidamente ocupó la tribuna el elocuente abogado don Emilio Díez Vicente, leyendo un discurso de erudita confección que fue calurosamente aplaudido.

En párrafos de elevados pensamientos y frases de castizo corte hizo la silueta del eximio Menéndez Pelayo, presentándolo como luchador infatigable por el justo y merecido nombre de la España culta y brillante en la historia del saber, abriendo ríos de luz en los tiempos que se señalaban con estigmas ignominiosos cuando no eran otra cosa que épocas florecientes que llenaron nuestras Bibliotecas de inmenso arsenal científico y literario, y constituyen una joya de valor inapreciable en el acervo patrio de la fe.

El Sr. Díez Vicente nos dio a conocer la admirable impresión que le produjo Menéndez Pelayo, cuando tuvo el honor de visitarlo en la misma Biblioteca legada ahora a Santander, quedando encantado de la ejemplar modestia de este gran hombre, a quien tanto lloran hoy las Letras patrias.

Una salva de aplausos premió la magistral labor del señor Díez.

Los señores Madrigal y Tolosa leyeron inspiradas poesías originales, que merecieron los generales elogios de todos, siendo igualmente aplaudidos al terminar la lectura de sus hermosas composiciones. El discurso del Sr. Báguena (D. Joaquín) fue una prueba más de la ilustración que atesora este esclarecido literato murciano. Rasgos envidiables de los muchos que poseía el llorado polígrafo evocó el Sr. Báguena, en medio de manifestaciones reveladoras del profundo conocimiento que tiene de la inmensa producción científico-literaria del maestro, de su sencillo trato y admiración que le produjo siempre.

Cerró la velada el Ilmo. Señor Obispo encomiando las prodigiosas facultades del insigne santanderino, quien como el sol del sistema planetario, ha iluminado con intensos resplandores las esferas del saber, siendo su vida la del hombre de fe cristiana fuerte y vigorosa.

Amenizó el solemne acto un distinguido sexteto, dirigido por el señor Puig, ejecutando magistralmente varias obras clásicas, y al final de ellas «El ocaso de los dioses» de Wagner.

Damos nuestra enhorabuena al Presidente y Directiva del Círculo por la excelente organización de los actos llevados a término, y unimos nuestros aplausos a los muchos que han recibido cuantos en ellos han tomado parte.

Desde luego, el más exacto reflejo del acto lo contiene el opúsculo a que nos hemos referido, *Homenaje a Menéndez y Pelayo*. Se abre el volumen con un extenso texto, titulado «A vía de prólogo» del bibliotecario provincial, discípulo de Menéndez Pelayo, José María Ibáñez García, que no participó en el acto con ningún

discurso pero que fue encargado por el Círculo Católico de Obreros para hacer un relato detallado del evento, lo que en efecto hace en sus páginas en la línea de la crónica periodística antes reproducida. Pero del texto de Ibáñez, en el que da cuenta de la imposibilidad de dos murcianos sobresalientes de participar en el acto, como lo son Andrés Baquero Almansa y Vicente Llovera, por una desgracia familiar reciente, y de otros por estar fuera de Murcia, amigos también de Menéndez Pelayo como son Manuel Multedo y Ricardo Spottorno, sobresale, sin embargo, por la presencia de algunos recuerdos personales como discípulo en las aulas de la Universidad de Madrid del jovencísimo Menéndez Pelayo, que formó parte de su tribunal de Licenciatura (págs. 4-5):

Recréase el espíritu, no sin cierta plácida melancólica, con el recuerdo de aquellos días juveniles henchidos de ilusiones y esperanzas, pasados en las aulas universitarias. Y por aquellos fue (hacia el año de 1877) cuando tuve ocasión de ver por vez primera a Menéndez y Pelayo. Mozo aún, casi un niño, acababa de recorrer los archivos haciendo estudios bibliográficos, merced a una pensión que le concedió por dos años la Diputación Provincial de Santander. Tendría próximamente 21 cuando fue llevado cierta noche a la Juventud Católica de Madrid. Parecía un jovenzuelo de pueblo, en su porte y aire desgarrado. En su habla, tardo, en su vestir, descuidadísimo, en su aspecto... un estudiante recién salido, de las aulas; y era, ni más ni menos, que el estupendo sabio del porvenir. Ya dio indicios de ello entre la amena tertulia de aquella noche, en que se le *tentó* de varios modos, haciéndole discurrir sobre libros y estudios propios de sus aficiones; poniendo a prueba su memoria prodigiosa y tenacísima, haciéndole repetir largas tiradas de versos en latín, con que los estudiantes divertían ajetreos y estrecheces de la vida escolar en los días del Renacimiento. Aquel mozuelo fue una *revelación*. ¡Qué entendimiento tan precoz! ¡Qué memoria tan portentosa! ¡Qué luz tan viva y radiante la de aquellos ojillos vivaces! Yo no había visto un regocijo tan atractivo y simpático como el de aquella mocedad, tan sana de cuerpo como de espíritu que empezó a lucir, mejor dicho, a deslumbrar en breve. Fue en aquellas memorables oposiciones que hizo Menéndez Pelayo a la cátedra de Historia Crítica de la Literatura Española en 1879. Las presencié, y recuerdo la impresión que dejaron en la inmensa concurrencia. Recuerdo más: que las comenzó santiguándose, como ostensible profesión de su fe católica, y las coronó con éxito ruidosísimo, primero y colosal triunfo de su brillante carrera.

En esa cátedra hube de encontrármelo, por dicha, no sin antes haber pasado por la *prueba* verdaderamente aterradora, de verlo formar parte del tribunal de mi licenciatura.

Suerte no pequeña fue para mí tenerle de catedrático en dos cursos no completos, ni sucesivos: obligatorio el uno para estudiar el doctorado de la Facultad de Letras, en que explico la Historia de nuestra Literatura Dramática, desde sus orígenes hasta los discípulos e imitadores de don Pedro Calderón. Otro de asistencia voluntaria, en que le oí trazar

la Historia de la novela, también desde sus orígenes hasta Miguel de Cervantes, curso que abarcó (claro es) el colosal estudio del «Quijote».

El relato de Ibáñez García sigue, tras los correspondientes elogios de admiración absoluta, hasta el momento de abordar la crónica del acto, pero antes de hacerlo, destacará dos aspectos de la vinculación de Menéndez Pelayo con Murcia, uno absolutamente desconocido que revela la generosidad del joven maestro, con donativo insólito para una buena causa. El otro referido su presencia en la ciudad en abril de 1898, tal como hemos recordado. Vuelve a surgir el nombre del Conde de Roche (págs. 8-9):

Acaso no se recuerde hoy en Murcia un hecho por el que debemos gratitud a Menéndez y Pelayo. Cuando la famosa inundación de 1879, de triste recuerdo, varios alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central proyectaron una representación de «Los Cautivos» de Plauto, en su original latino, a beneficio de los pobres inundados. Se hizo el drama, en efecto, una tarde del mes de Diciembre, en el teatro Español y el selecto público que concurrió a presenciar espectáculo tan nuevo entre nosotros, sirvióse, a modo de libreto, de la comedia elegantemente traducida *ad hoc* por el insigne humanista, e impresa a dos páginas, castellana y latina.

Años después, en la Semana Santa de 1898 hubo de visitar esta ciudad, solicitado por la buena amistad del cultísimo Conde de Roche. Y hubo de conocerla en una de las manifestaciones más características de nuestras tradicionales devociones, las cofradías de Pasión; y en días los más propicios a la contemplación religiosa y artística de las joyas más preciadas de nuestro arte plástico: las famosas esculturas de Salzillo.

Tras la crónica, se sucederán una serie de reflexiones sobre la personalidad de don Marcelino en relación con la causa católica. No olvidemos que el texto de Ibáñez lo publica el Círculo Católico de Obreros, y el contexto del homenaje no puede ser, en este sentido, más defensor de los principios del catolicismo. Por ello recuerda Ibáñez la participación de Menéndez Pelayo en Congresos Eucarísticos, en la manifestación del dogma de la Inmaculada y en otras actividades y encuentros católicos (pág. 12):

Toda la obra de Menéndez y Pelayo, con ser totalmente desinteresada y serena, sin más estímulo ni objeto que la verdad, ha venido a servir para la cultura hispana de alta reivindicación de sus glorias, olvidadas o negadas por la ignorancia o la preocupación de los *européizantes*, que encendían, cual otro Diógenes, la linterna para buscar por de fuera hombres, ciencia y cultura, ocultos en España a las sombras proyectadas por la ignorancia o la pasión de sus detractores.

Ha sido además la afirmación categórica y práctica de que no hay, ni puede haber conflicto alguno entre la ciencia humana y la verdad revelada. Respondiendo a su fe católica mostró siempre defensor franco y vigoroso de todas sus reivindicaciones. A la mira de este ideal resucitó el pasado enfocándole a la luz de sus juicios definitivos, y salió a la palestra para propugnar todos los errores y falacias de que se viste la mentira en los días presentes, en el terreno, sobre todo, de las cuestiones candentes político religiosas. Él grabó con frase lapidaria que «la desamortización fue un inmenso latrocinio»...

Para terminar con el elogio concluyente y definitivo, sin reservas, elevado a la máxima admiración (pág. 13):

El sabio, mejor dicho, el genio fue un gran patriota y un gran católico: por eso Religión y Patria se unen en el concierto mundial de homenajes y alabanzas para grabar sobre su tumba aquella frase que sella con elegante concisión, el sepulcro de otro gran español, el insigne filósofo vicense: «*Laus*».

«¡Era la Patria!» se titula el discurso de Emilio Díez de Revenga Vicente, tomado de un texto de Ricardo León, evocado al principio de sus palabras. Ni qué decir tiene que los elogios surgen desde el principio hacia el «sabio universal» recordado, con mención detenida de sus muchos hallazgos y aportaciones al conocimiento de la historia de España. Quizá también en este caso los recuerdos personales interesan ahora, pasados los años, más que las consabidas alabanzas. Los personajes evocados eran los corresponsales de Menéndez Pelayo, cuyas cartas se conservan en su Biblioteca de Santander (pág. 19):

Hace pocos años, después que estuvo en Murcia, le visité en su casa de Santander. Estaba sentado delante de la mesa central de esa nave de su Biblioteca que ahora reproducen con profusión las Revistas ilustradas. Como era sabio, era humilde, era afable, era bueno. Suspendió breve tiempo su trabajo: me habló con cariño de Murcia, recordó al conde de Roche, me preguntó por Baquero y por Báguena... elogió nuestro Salzillo, me excitó al estudio de la Murcia árabe. Salí bien pronto: ¡me parecía ilícito distraer la atención de aquel hombre sin igual! En aquella estancia experimenté un sobrecogimiento espiritual, un místico arrobamiento cuyo recuerdo durará lo que dure mi vida. Al poco rato el amplísimo horizonte, el mar extenso que se contempla desde las playas de Santander, me parecían mezquinos en comparación de la inmensa grandeza espiritual que se respiraba en la Biblioteca del sabio.

Pero no está de más que extraigamos unos párrafos de la intervención de Díez de Revenga para advertir el nivel de elogio de una España y de un pensamiento determinados, el católico-conservador que el político murciano y murcianista defendió

siempre, ideología en la que Menéndez Pelayo era uno de sus guías y uno de sus maestros, hasta el punto de convertirlo, siguiendo la frase de Ricardo León, con la que titula su trabajo, como representación indiscutible de la patria (págs. 23-25):

Entonces fue cuando entre guerreros que cautivaban coronas y navegantes que escribían con las quillas de sus naves el *primus circumdedisti me*, como simbolizando según la expresión de Balmes, que la civilización española tomaba posesión del universo, llevaban nuestros doctores la voz en las universidades de Europa: entonces fue cuando se produjo el espectáculo inenarrable que describió, hace años, Pidal, con soberana elocuencia inspirada en las páginas de «La Ciencia Española» y «Los Heterodoxos»; entonces fue cuando al mismo tiempo que se mantenían en Europa guerras por la fe, se levantaba el Escorial y se imprimían las dos Políglotas; era nuestro novelista Cervantes y nuestro historiador Mariana; nuestros filósofos sembraban a granel los sistemas de la moderna filosofía; nuestros autores castellanos se vertían a todos los idiomas; escribían nuestro teatro Lope, Tirso, Moreto y Calderón; estudiaban las lenguas orientales Fray Luis de León y Arias Montano, y las de la clásica antigüedad Arias Barbosa y Nebrija; investigaba León Hebreo los misterios de la Belleza, y las artes de la política Quevedo, Saavedra y Furió Seriol; la ciencia del derecho entregaba sus tesoros a Alpizcueta, Antonio Agustín y Covarrubias; arrastraban a la muchedumbre con su predicación el V. M. Ávila y Granada: y los dos Luises, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, embelesaban las almas con los sublimes acentos de sus conversaciones con los ángeles; enseñaban astronomía Alfonso de Córdoba y Juan Moya; herborizaban Acosta y Hernández; eran nuestros arquitectos Toledo y Herrera; nuestros pintores Juan de Juanes, Ribera, Zurbarán, Velázquez y Murillo; nuestros escultores Montañés, Berruguete y Alonso Cano; y la Ciencia de las Ciencias, la Teología, reflejaba su esplendor sobre Victoria, Melchor Cano, los dos Sotos, Laínez, Salmerón y Suárez, asombro de la cristiandad y oráculos de Trento.

Menéndez Pelayo tremolando la bandera de la reconquista del pensamiento español y de la ciencia de España, ha sido el campeón de esa pelea en que lucharon, entre otros, Cánovas y Valera, Campoamor y Laverde, Cuevas y Fray Ceferino, Luis Vidart y Fray Marcelino Gutiérrez, haciendo perder palmo a palmo al enemigo la tierra que había ocupado en momentos de abandono de la juventud ortodoxa que, entonces como ahora, solía gustar más de enfrascarse en declamaciones, exageraciones y pesimismo políticos, que de cooperar con los afines, sin intransigencias suicidas, a salvar las esencias de la vida nacional.

La obra del polígrafo, del primer español de nuestro tiempo, puso término a las atenuaciones tímidas y vergonzantes con que se defendía la fama de nuestros pensadores, abriendo de una vez para siempre la era de los cánticos triunfales y de los himnos de victoria con que la voz del patriotismo vindicado puede proclamar la audacia, la libertad y el vigor del pensamiento nacional, nunca sofocado por presiones de fanática intolerancia.

Él era la Patria. Vino a la vida en esa región de la montaña cantábrica por donde la noble Castilla se asoma a contemplar la inmensidad del mar que llevó sobre sus olas encrespadas los blasones de la bandera de la Patria a todas las riberas del mundo. Allí, antes de que la construya la mano del hombre, se dibuja ya, esbelta, gloriosa, colosal, la estatua del sabio, como pirámide levantada por la mano de Dios en lo más alto de la cordillera: su cabeza está coronada con los girones de las nieblas, más alta que la región del águila: sus pies se hundan en las fértiles vegas por donde los ríos corren entre maizales y castaños; sus ojos miran arriba como luce el sol, sin que empañe su brillo el vapor de la tierra, y abajo, como al estallar la tempestad, el indomable mar cantábrico se despedaza contra las tajadas rocas con su mano indica un más allá que no tiene límite, que todo lo abarca, que señala los destinos inmortales del genio español...

Mucho más moderado en sus observaciones, y distinguiendo bien las superficialidades póstumas y los elogios fáciles, de la verdadera lectura del maestro, opta Joaquín Báguena por la presentación verdadera de Menéndez Pelayo en su auténtico significado, dejando a un lado lo trivial, buscando directamente al maestro y sus doctrinas. Por ello, lo primero que hace es valorar su inmortalidad, es decir su significado en la historia y en el futuro (pág. 44):

Menéndez Pelayo fue ante todo y sobre todo un gran historiador. Cuando se escribe o se pronuncia este vocablo, una gran parte de la opinión se encoge de hombros con ademán no sé si de desprecio o de indiferencia. Para juzgar a esta muchedumbre, cada día mayor, prescindo de aquellos que por pereza intelectual encuentran más cómodo despreciar o admirar las cosas que enterarse de ellas; esta turba-multa de *filisteos* como les llama Max Nordau, son también necesarios en la sociedad, son el lastre del globo y del barco que permiten la marcha equilibrada o impiden que la máquina salte arrebatada, se dispare y estalle a impulsos del motor que es el hombre de genio.

Y como cien mil ignorancias no hacen un solo Faber, aparto la vista de esta *ruda indigesta moles*, para dirigirme a cierto público docto, mejor dotado para la acción experimental, que solo fija su atención y cuidado en los estudios de carácter práctico; y ante él declaro que la historia sabia y lealmente profesada, está no al igual de la física, de la química, y de las otras ciencias de aplicación, sino por encima de ellas.

El hombre ha hecho su vida fácil y cómoda por los progresos materiales, cuya bondad reconocemos y utilizamos todos. Pero lo que le ha dignificado, lo que le ha enaltecido ante Dios y ante su propia conciencia, son los trabajos del espíritu, la filosofía, la teología, la metafísica, la historia, las bellas letras, las luminaciones de estas disciplinas hoy tan desdeñadas por los hombres *soi dissant* prácticos, que sin ellas serían hombres modernos por fuera y por dentro hombres de Cromagnon; vivirían por el cuerpo en las ciudades del siglo XX y por el espíritu en las cavernas del período cuaternario. Para la

integridad de la vida, creo tan necesario al místico como al ingeniero; si faltase uno u otro, habría en el campo de nuestra inteligencia una parcela inculta.

Y el discurso, como era de esperar, repasa todos los logros de Menéndez Pelayo así como las polémicas en las que participó. Acude Bágüena a la cita de numerosos párrafos del propio Menéndez Pelayo para recordar algunas de sus frases más acertadas, e incluso, como han hecho otros alude también a recuerdos personales. Bágüena era compañero de Menéndez Pelayo en el Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos y mantuvo con él, como ya se ha señalado, correspondencia epistolar (pág. 48):

La última vez que hablé con el llorado amigo e inolvidable maestro, fue en la primavera de 1898. Tratábase de la reedición de los «Heterodoxos Españoles», agotada la primera edición hacia ya muchos años. A nuestros requerimientos don Marcelino oponía la falta de tiempo y las inmensas dificultades de rehacer una obra tan compleja, agravada de todo ello por el peligro de las rectificaciones que era necesario introducir.

Yo entonces me permití recordar la excelente costumbre de las *retracciones*, tan practicada por los escritores de la antigüedad clásica, aunque entonces esta palabra no tuviera el sentido que damos hoy a la palabra retractación. Indicaba solamente el trabajo del autor tomando de nuevo sus obras a distancia, y señalando en ellas las modificaciones que le inspiraba el progreso de su pensamiento.

Y a continuación ofrece algunos ejemplos literales de rectificaciones realizados por Menéndez Pelayo, y destaca en ellas la sencillez con que lo hacía, para concluir, como resumen de toda su personalidad en su grandeza de espíritu como la característica mayor de su pensamiento (pág. 50):

Admirable ejemplo de modestia, de rectitud, de hombría de bien, que nos hace inclinar la frente, cargada de tristes pensamientos y vivos recuerdos, ante esta gran figura que acaba de abandonarnos, ante esta luz que se ha extinguido, ante esta fuerza moral que desaparece.

Menor interés tiene el trabajo final del Presidente del Círculo, Mariano Palarea Sánchez de Palencia, titulado «Por vía de epílogo», en el que, como se ha señalado, resume la intervención del obispo de Cartagena, Vicente Alonso Salgado, y finalmente, tras los agradecimientos y alabanzas por sus textos a los que han hecho posible el homenaje, valora la personalidad de Menéndez Pelayo en su afinidad absoluta a la ideología de los componentes del Círculo que le ha homenajeado, hasta el punto de convertirlo en el ejemplo que debe ser seguido por todos los

socios de esta católica asociación como se afirma en las palabras de conclusión, que expresan no solo un deseo sino un compromiso ideológico con el personaje desaparecido (págs. 60-61):

A procurar pues, secundarle cada cual en su esfera de acción y en la medida de sus fuerzas: y así nadie podrá tachar nuestra admiración y nuestros entusiasmos por Menéndez y Pelayo de platónicos, efímeros o estériles: como hijos de una actualidad frívola y pasajera: sino que se reconocerá por todos que nacidos al calor de íntimas convicciones y de una completa identificación en aspiraciones y sentimientos con aquel hombre, por tantos conceptos extraordinario, son formales, duraderas y fecundas; y de ese modo también nos habremos hecho dignos de haberle honrado con este piadoso y solemne Homenaje, y en cierta manera le completaremos; porque, si hemos procurado la glorificación del alma de Menéndez y Pelayo con nuestras oraciones, y la glorificación de su nombre con nuestras alabanzas, habremos asimismo procurado la glorificación de su obra, tratando de continuarla y de darle eficacia y decisiva influencia en el desenvolvimiento histórico de nuestra vida nacional.

Cerramos la crónica del homenaje con una breve referencia a los dos poemas que ofrecemos en apéndice de este trabajo, y que el lector puede juzgar por sí mismo. Ambos poetas, reconocidos en su época como inspirados vates, pertenecen a la historia de un tiempo de Murcia y sus versos representan bien una lírica de circunstancias que nunca faltaba en actos sociales y en los más diversos eventos de carácter cultural o religioso, y no podían estar ausentes en una ocasión tan solemne como esta. Las redondillas de Tolosa son dignas de competir con las quintillas de Sánchez Madrigal.

## APÉNDICE

### MENÉNDEZ PELAYO

Dijo Dios un fausto día,  
en bien de la patria nuestra:  
—Voy a daros una muestra  
de la inteligencia mía;—

y de su luz soberana  
inflamado por un rayo,  
nació Menéndez Pelayo,  
blasón de la tierra hispana.

Era aquel rayo el del genio,  
el que Dios otorga al hombre  
para que alumbre y asombre  
en universal proscenio;

rayo que atesora el don  
de brillar siempre potente,  
subyugándonos la mente  
y con ella el corazón.

Por eso, aunque ha muerto, es  
faro que encendido está,  
y alumbrando seguirá  
de los siglos a través.

No fue un hombre, fue un coloso  
de ciencia maravillosa  
de actividad prodigiosa  
de cerebro portentoso;

fue un mago, a cuyo poder  
las sombras se replegaban  
y de su tumba se alzaban  
nuestras grandezas de ayer.

La Historia le abrió su arcano  
y ante su pluma dorada  
que blande como una espada  
en la victoriosa mano,

se iluminan los archivos  
de volúmenes repletos,  
se mueven los esqueletos  
cual si fueran seres vivos,

y en desfile sorprendente,  
que produce hondos encantos,  
vemos mártires y santos,  
sabios de arrugada frente,

filósofos y guerreros,  
y poetas y pintores,  
y graves historiadores,  
y famosos caballeros;

a cuantos de España son  
como estrellas fulgurantes,  
al sin par Miguel Cervantes,  
a don Pedro Calderón;

cuanto, en fin, la patria era  
cuando por tierra y por mar  
hacía al orbe temblar  
nuestra sagrada bandera;

¡por eso es poco el laurel  
que el mundo entero le ofrece,  
y al verlo muerto, parece  
que ha muerto España con él!

Ha muerto, sí; mortal era  
y cayó en la oscura fosa,  
pero su fama gloriosa  
sin celajes reverbera,

y de la Historia en la cumbre,  
refulgurando potente,  
será asombro de la mente,  
siglo tras siglo su lumbré.

Ya de la inmortalidad  
en el templo, sentó plaza;  
honra fue de nuestra raza  
y honra de la humanidad.

No se canse nuestro labio  
de ensalzar su limpio nombre;  
enaltezcamos al hombre,  
reverencemos al sabio;

y en prueba de admiración,  
tenga siempre la nación,  
siendo a su memoria fiel,  
para su alma una oración,  
para su gloria un laurel.

*José Tolosa*

## A MENÉNDEZ Y PELAYO

Con ser cuna de gigantes  
España, asombrado vi. que,  
tras de Lope y Cervantes,  
aun tuvo arrestos bastantes  
para darte vida a ti.

Ansiando mi admiración  
saber si hay de alguien memoria  
que te afronte en parangón,  
a la puerta de la Historia  
llamé con recio aldabón.

Abrióse, crucé el umbral;  
y al turbar del hondo hueco  
el silencio sepulcral,  
ni una voz volviómelo un eco:  
no tienes allí rival.

Encárome al porvenir,  
y dudo que pueda el mundo  
en su continuo latir,  
otro genio producir  
tan rico, vario y profundo.

\*

Fuimos grandes. Hubo un día  
en que, enamorado el sol  
de la hispana bizarría,  
separarse no sabía  
del vasto imperio español;

y en que cual fanal divino,  
del propio Dios en la mano,  
iba alumbrándole a *El Cano*  
su ignoto y curvo camino  
por el desierto Oceano.

Descendimos; y su lumbre,  
ya sin la antigua costumbre,  
al dejarnos tristemente,  
besaba sólo tu frente:  
¡La más elevada cumbre!

Sino es de toda grandeza  
descender de altura tanta;  
más no hay en caer vileza,  
si aunque cayó por torpeza,  
el que cayó se levanta;

si hay quien, como tú, le excita;  
si hay quien su orgullo provoca,  
y el pasado resucita  
con los recuerdos que evoca  
de su tradición bendita.

Contra el que ese espejo empaña  
tronaste en santo arrebato;  
fue tu vida una campaña;  
toda tu obra, un alegato;  
tu voz, la augusta de España.

A tu conjuro valiente  
rompiendo el pesado ambiente  
de sus viejas sepulturas,  
surgen, nimbada la frente,  
mil prestigiosas figuras;

artistas, cuya excelencia  
ir no admite de otra en pos;  
astros de sacra elocuencia;  
prodigios de humana ciencia  
y de la ciencia de Dios;

dramaturgos de alta fama,  
cuya portentosa vena,  
al rebasar nuestra escena,  
generosa se derrama  
para fecundar la ajena;

bravos y altivos guerreros  
que, escolta de sus caballos,  
traen, a guisa de escuderos,  
convertidos en vasallos  
a los reyes extranjeros.

Esa la España de ayer,  
la del terco batallar;  
¡qué heroica y noble al vencer!  
y ¡qué sublime al caer,  
cuando no puede triunfar!

Ese el pueblo de hombres grandes  
de heroico aliento no visto,  
porque a Granada, y a Flandes,  
y hasta a los remotos Andes  
llevaban la fe de Cristo;

la España que envilecida  
pintan infames patrañas;  
y que más bien que calda,  
parece yacer rendida  
del trajín de sus hazañas:

hidalgo pobre y honrado,  
sin más renta que la gloria  
de su glorioso pasado;  
que al peso no ha enajenado  
su querida ejecutoria;

y que orgulloso del mote  
que Europa toda le lanza,  
prefiere su malandanza  
con sueños de don Quijote  
a medros de Sancho Panza.

\*

Ha muerto el gran campeón.  
No alienta ya el adalid  
que hizo buena su razón

contra el árbitro cañón,  
sin la tizona del Cid.

Que árbol de tan rico fruto  
se seque el alma traspasa.  
Del patrio duelo en tributo,  
toda región, toda casa,  
todo pecho está de luto.

Tenga y su imagen venere  
todo hogar, con ese amor  
que con el tiempo no muere,  
como a la patria se quiere,  
como a un grande bienhechor.

Uno y otro monumento,  
sus moles alzando al viento,  
digan al vulgo ignorante  
quién era y cómo el gigante,  
donde raye su talento.

Piedras, al fin, cederán  
bajo de la zapa lenta  
de los siglos que vendrán;  
y polvo, que el viento aventa,  
como el gran muerto serán.

El tiempo todo lo arrasa;  
nada hay fuerte, que se exima  
de ceder al que por cima  
de piedras y bronces  
pasa tenaz su gastada lima.

Mas no roerá nunca, no,  
aunque lime siglos ciento,  
y cuantos Dios le marcó,  
el ingente monumento  
que a España una pluma alzó.

Lo imaginó mi osadía;  
y es, con la bella armonía

Un homenaje a Menéndez Pelayo (Murcia, 1912)

que de él emanando encanta,  
deleite a la fantasía,  
y alma y corazón levanta.

Las *Ciencias*, del pedestal  
que infolios sin fin imita,  
ornato son natural:  
en su escabel cada cual  
estudia, crea o medita,

Labrado en mármoles y oro,  
cercan el trono eminente  
las *Artes* en lindo coro,  
y en actitud reverente  
entonan himno sonoro.

Arriba, en ansia de vuelo,  
y como esquivando el suelo,  
llorosa la *Poesía*  
pulsaba el arpa, y manda al cielo  
su plegaria, su elegía.

Y dice al pie una inscripción  
de alto sentido profundo:  
— COMO EL MEJOR GALARDÓN  
PIDE HUMILDE UNA ORACIÓN  
EL PRIMER SABIO DEL MUNDO

*Ricardo Sánchez Madrigal*